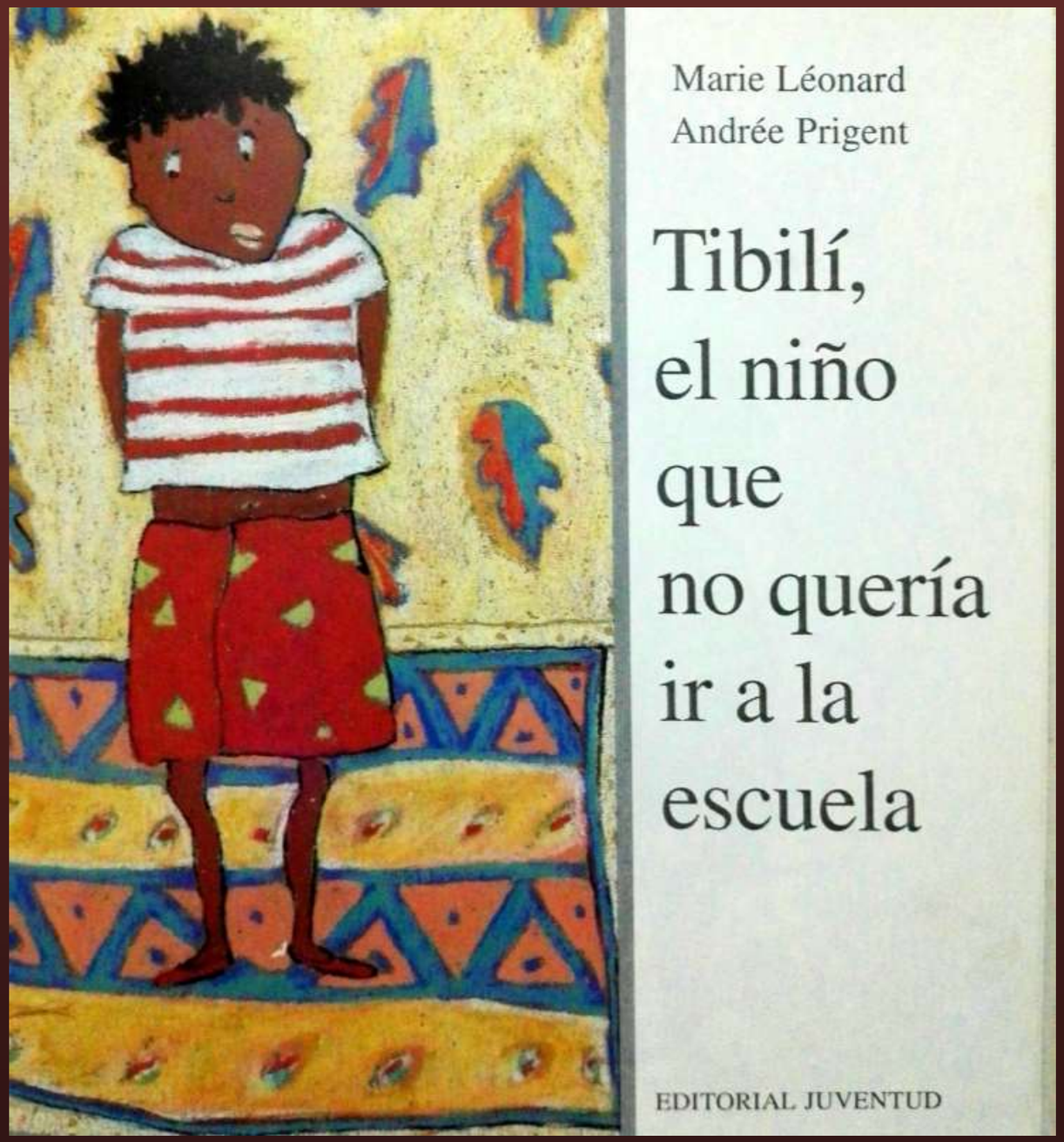
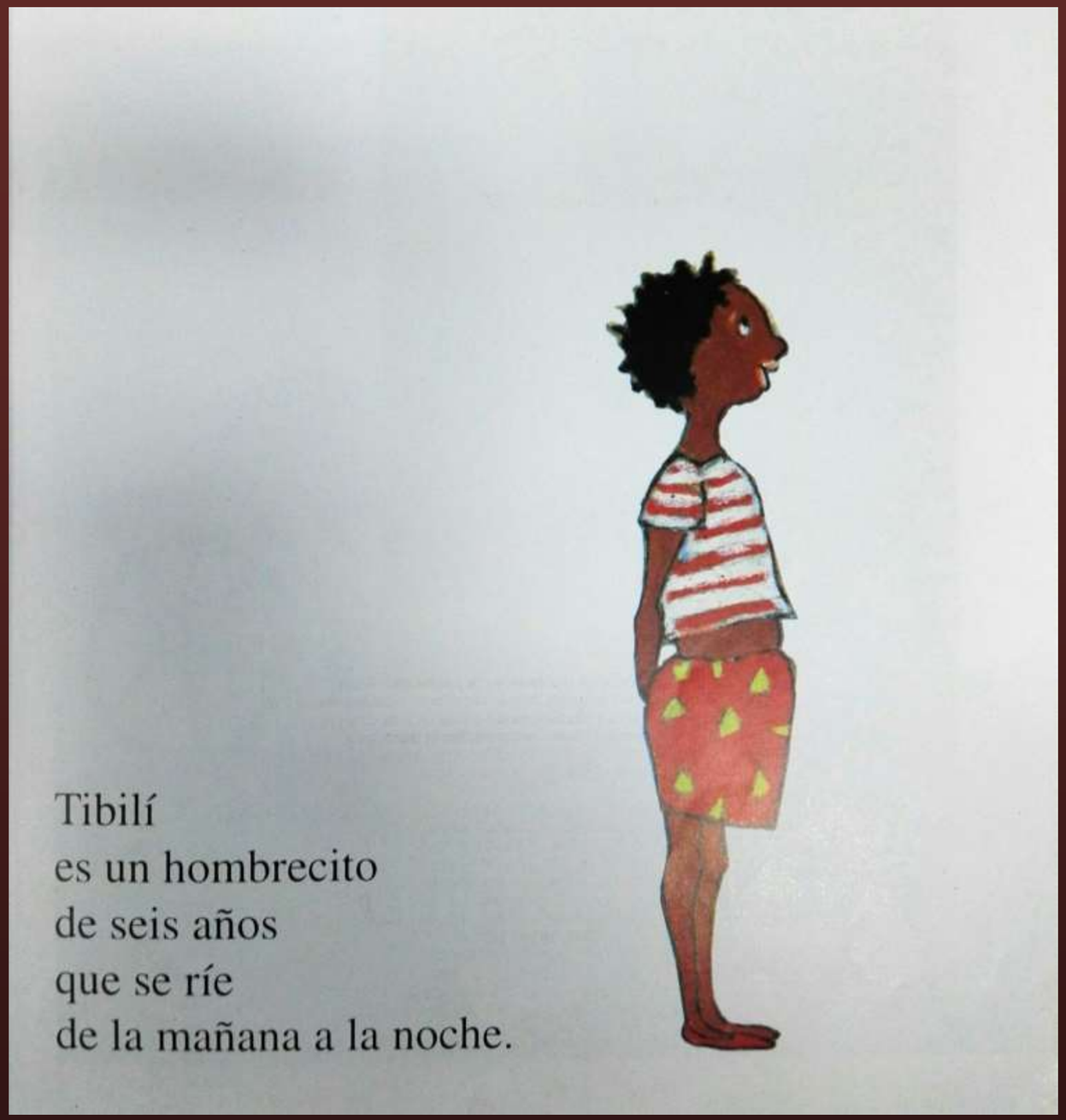


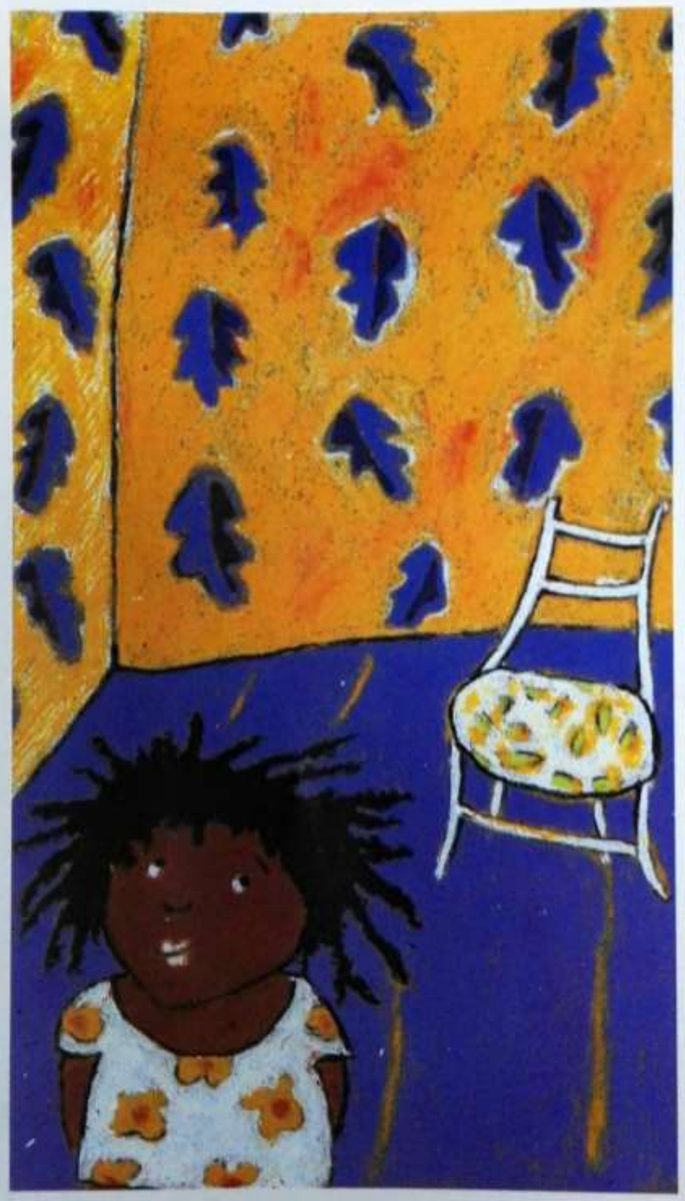
Marie Léonard
Andrée Prigent

Tibilí, el niño que no quería ir a la escuela

EDITORIAL JUVENTUD



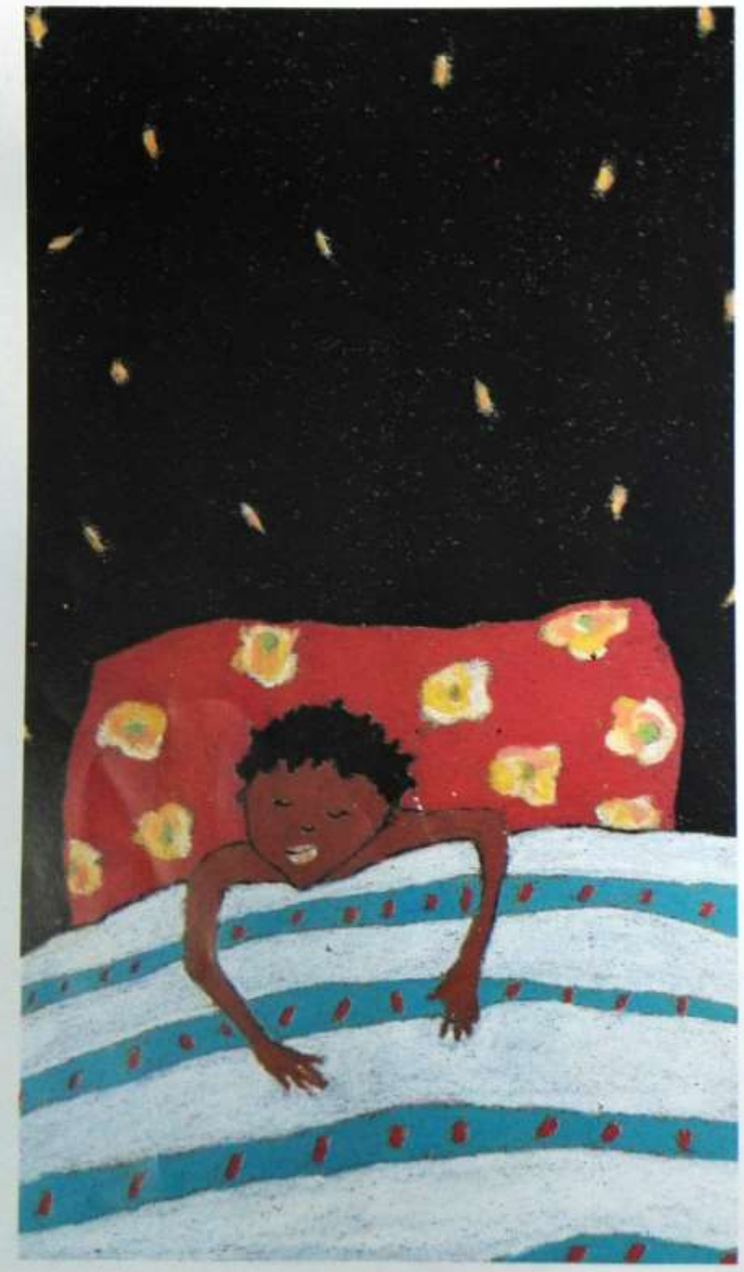
Tibilí
es un hombrecito
de seis años
que se ríe
de la mañana a la noche.



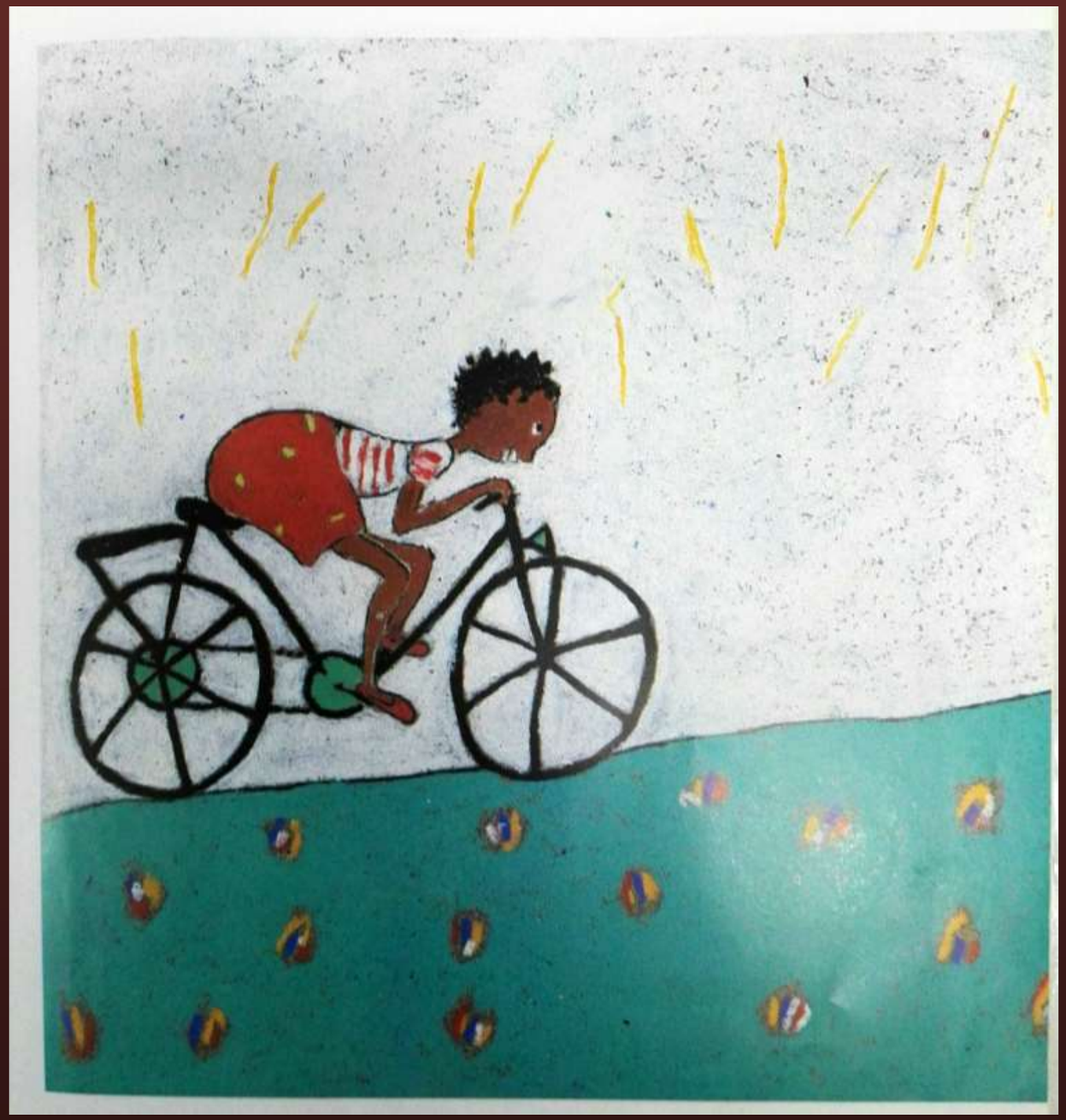
Sólo deja
de reírse
para comer,
o para hacer
las trencitas
de su hermana
Kablé.
Él tiene
unos dedos
muy hábiles
y su hermana
Kablé
es muy
presumida.

Un día, sin embargo,
Tibilí deja de reírse:

Su mamá acaba de decirle
que pronto
tendrá que ir a la escuela.



Y seguiría
riéndose
en la cama
si no se cayera
de sueño
de tanto correr
y jugar
todo el día.



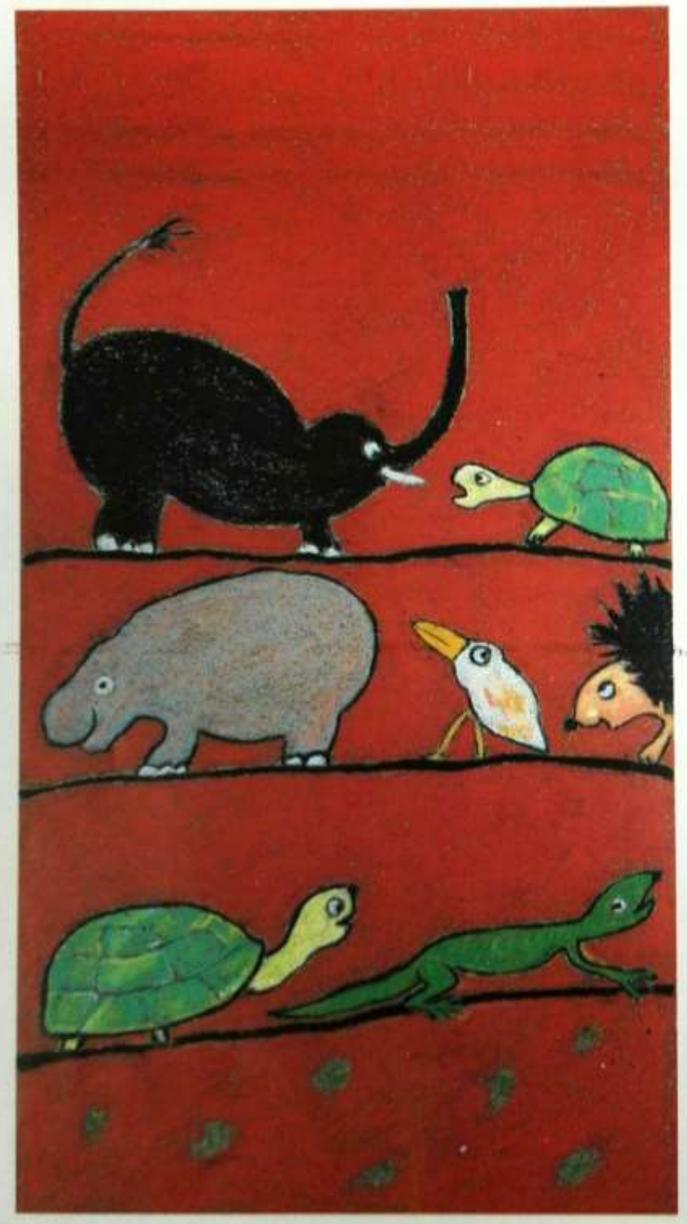
Tibilí
no
quiere
ir
a
la
escuela.

No quiere estar encerrado
en una clase,
frente a una pizarra

triste,
triste
como
el aburrimiento.

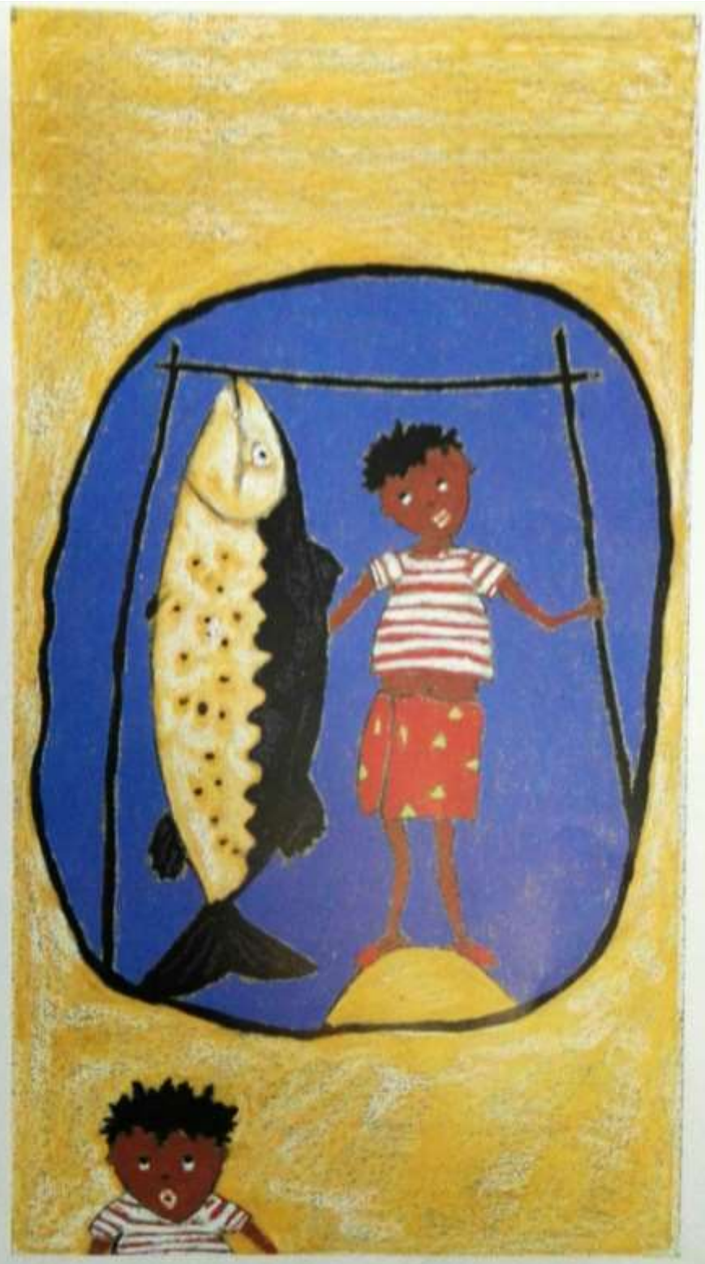
Tibilí no necesita
saber leer
ni saber escribir.

Prefiere leer como su abuelo,
no sobre el papel,
sino en el cielo,
donde, de día, canta el sol
y, de noche, baila la luna.



Prefiere leer
sobre
la tierra roja
del camino,
donde miles
de animales
de todos
los colores
van y vienen,
arriba
y abajo,
sin que nadie
los obligue a
ir a la escuela.

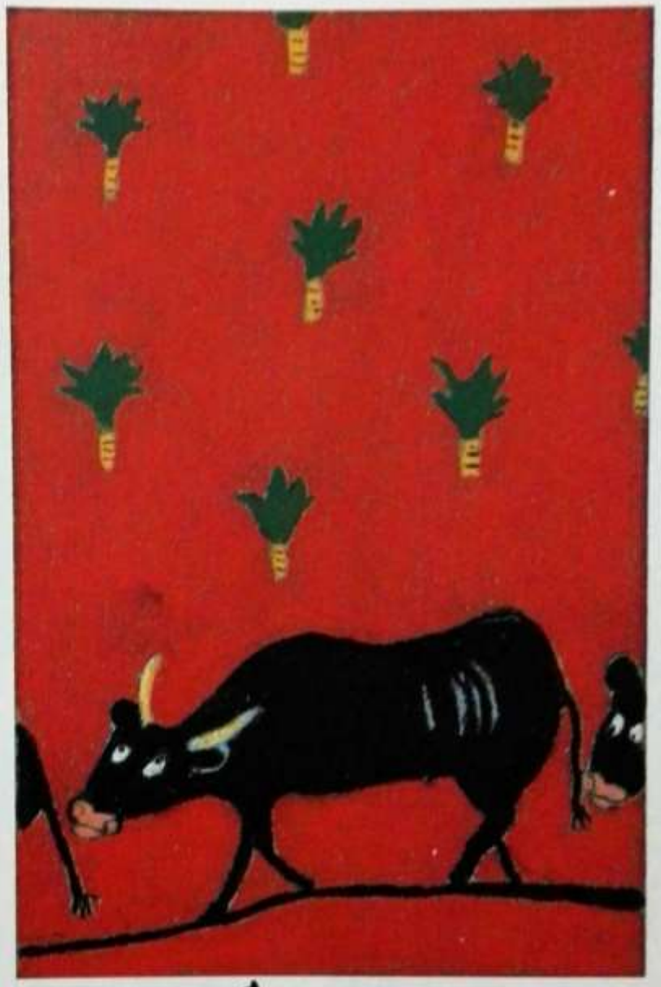
Prefiere estar
en la playa
soñando
que pesca
una barracuda
(así de grande),
que monta
una gacela
en plena carrera,
o que se mece
con los monos
colgado de
las lianas
de la selva.



Tibilí
no quiere
cambiar
su ropa
roja
tan bonita
y tan alegre
por un
uniforme
de un color
tan soso que,
si se sentara
en la playa,
lo podrían
confundir
con la arena
y lo podrían
pisar.

Por eso Tibilí
está triste,
triste

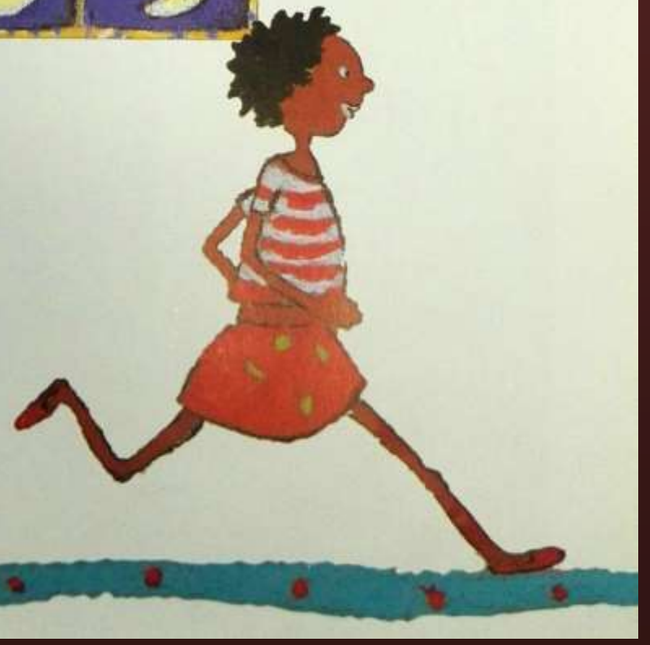
como
los búfalos
flacos
que su tribu
conduce
al campo.



¿Qué puede hacer?
Pero ¿qué puede hacer

para no tener
que ir
a la escuela?

Las lunas suceden
a las lunas,
y la escuela va a empezar pronto.

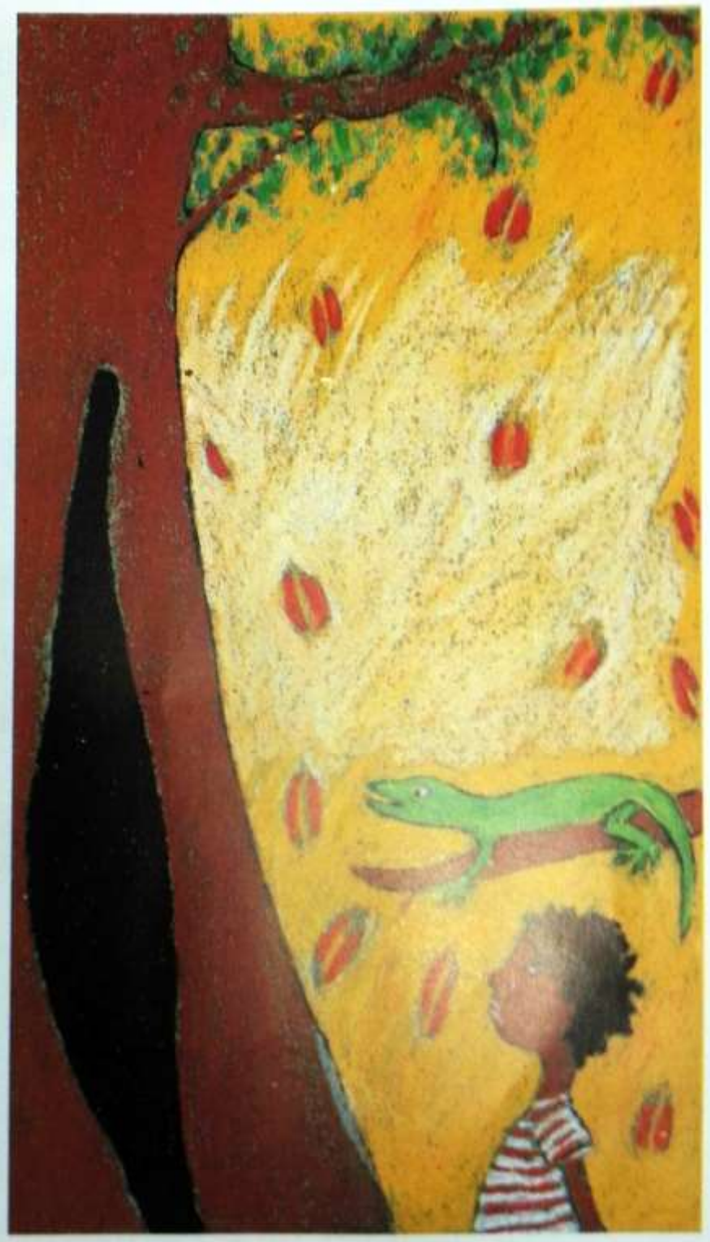


Le pregunta
a Píu,
el lagarto:

–¿Podrías
decirme
qué tengo
que hacer
para no ir
a la escuela?

–Sólo veo
una solución
–contesta Píu–.
Escóndete
en el agujero
del baobab.
El hueco es lo
bastante grande
para que quepas
cómodamente.

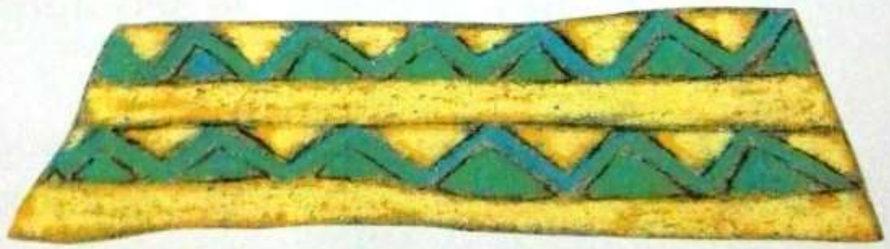
Tibilí piensa
que estaría
bien
un ratito,
¡pero no
todos los días!



Le pregunta a Kumi, el murciélago,
que medita colgado en su rama.

Kumi le responde:
–Cuando llegue el día
de ir a la escuela,
te acuestas y te retuerces,
y dices que
te duele la barriga.

Tibilí piensa que no podría
fingir que tiene dolor de barriga
todos los días.



Además, a Tibilí no le gusta
decir mentiras a su mamá.

Interroga
a la araña
Crope,
que siempre
lo sabe todo.

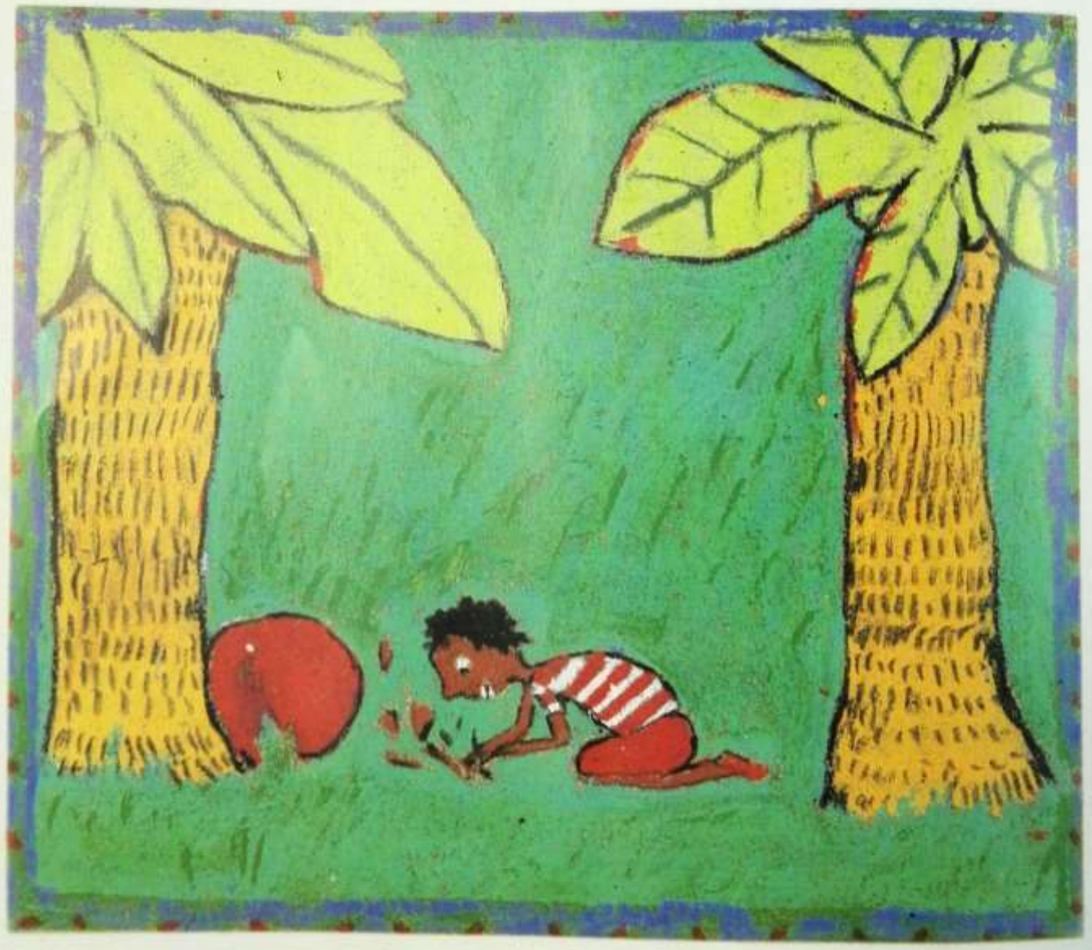
Crope le dice:
–Sólo veo
una solución:
ve a buscar
el cofre de
la sabiduría.

Está enterrado
cerca del río,
entre el papayo
y el tamarindo.

Verás
una gran
piedra roja,
apártala,
escarba
el suelo,
hasta que
encuentres
un objeto
muy duro:
es el cofre de
la sabiduría.

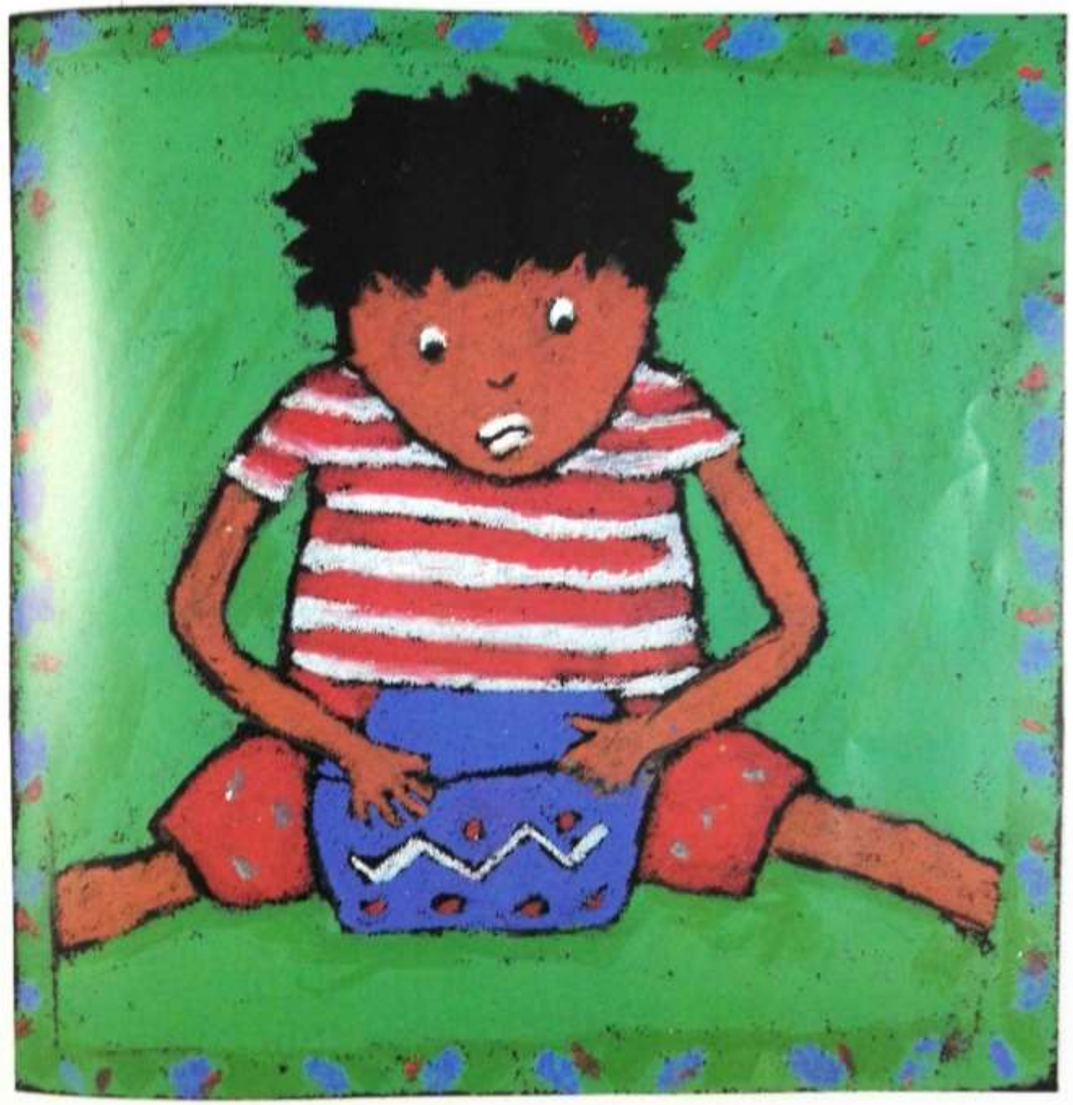
Sácalo con
precaución,
ábrelo y
encontrarás
lo que buscas.

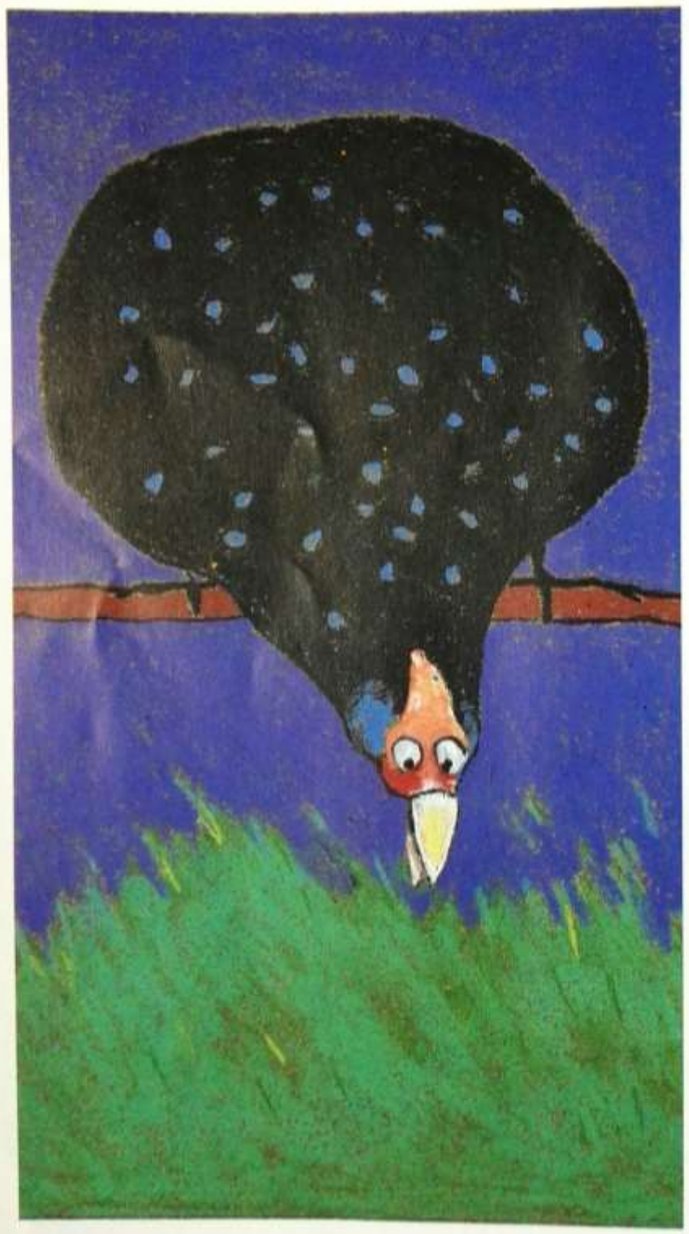
Tibilí va corriendo hasta el río,
escarba el suelo
entre el papayo y el tamarindo.



Nota un objeto muy duro y lo saca.

Es un cofre.
Intenta abrirlo, pero no lo consigue.

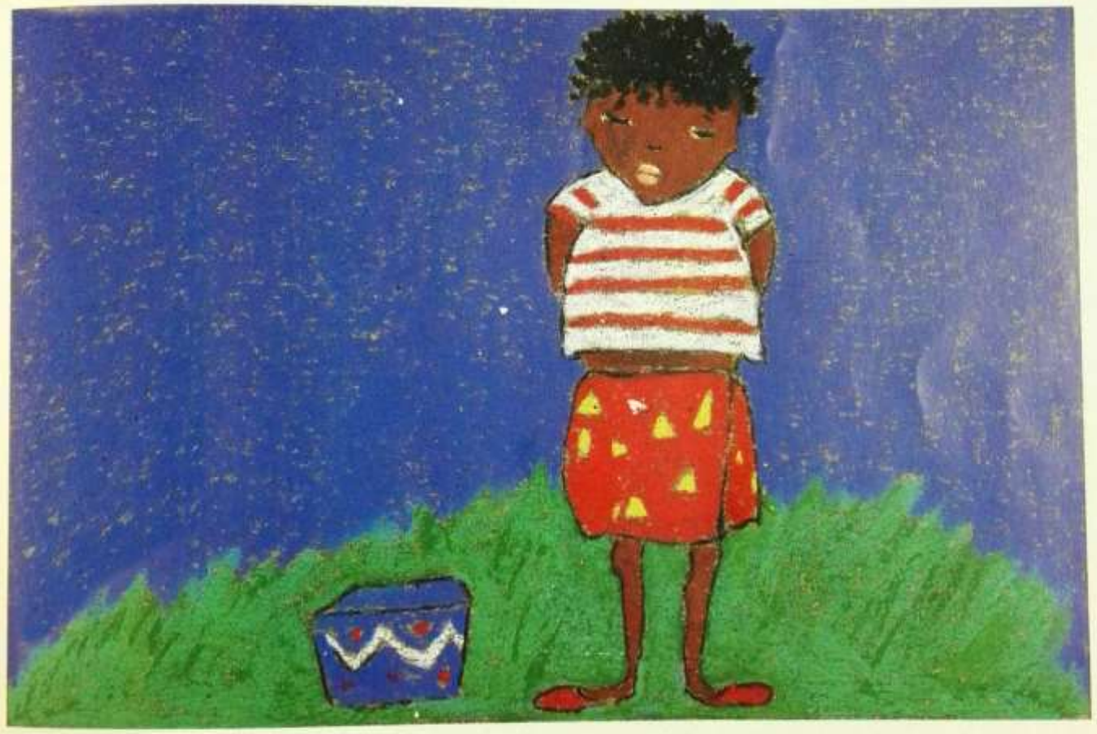




Ku-kut,
la pintada,
le grita:
–¿Qué haces,
Tibilí?
–Intento abrir
el cofre de la
sabiduría.

–Es muy fácil.
Sólo
tienes
que leer
la placa
que está
debajo
del cofre.
Allí lo
explica todo.

Tibilí le da la vuelta al cofre,
baja la cabeza tristemente,
y no dice nada.



–¿Y ahora qué pasa? –dice la pintada.
–No sé leer.

–¿No sabes leer?

¡JA!

¡JA!

¡JA!

¡NO SABE LEER!,

grita

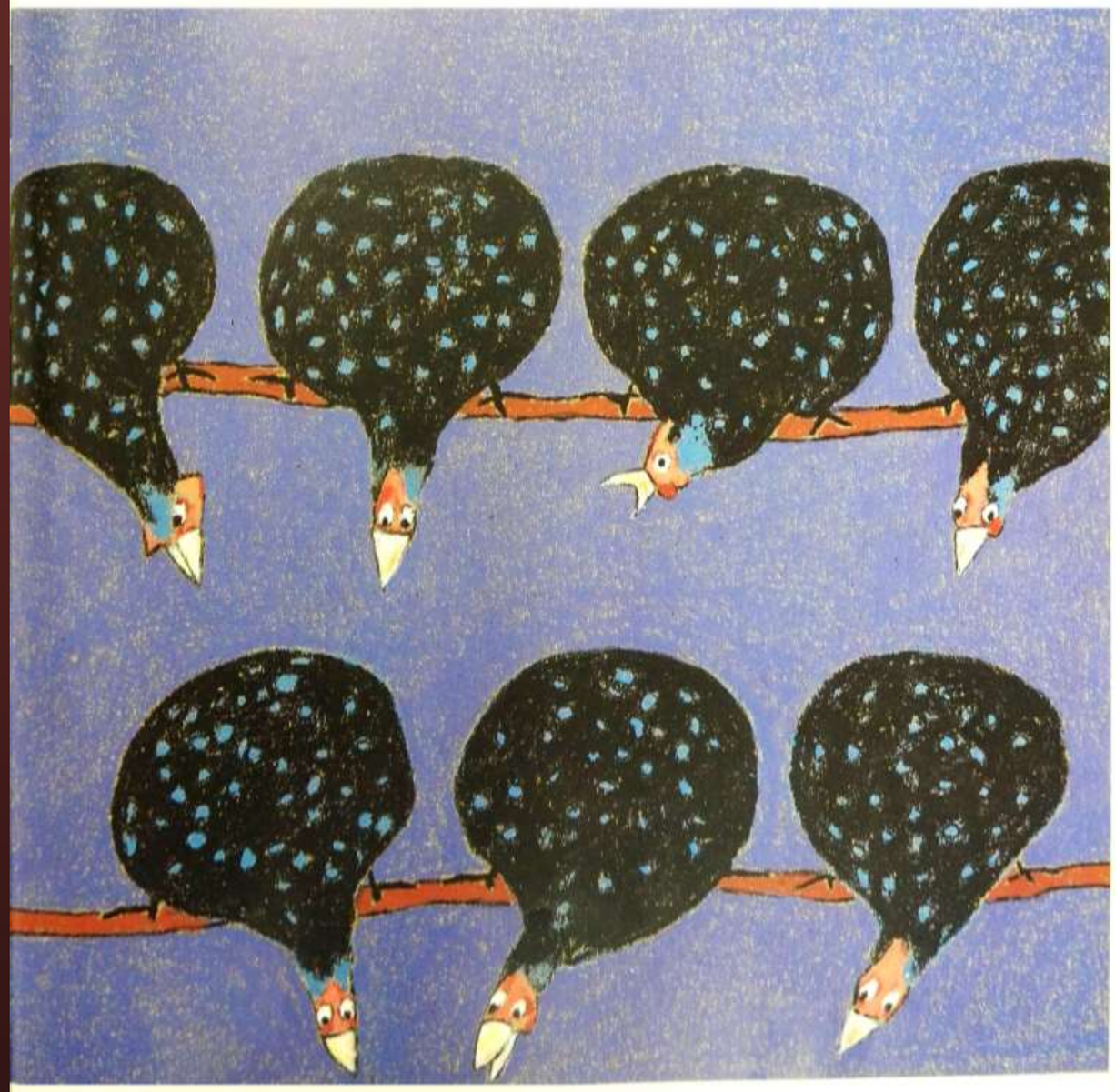
para que lo oiga todo el mundo.

¡NO SABE LEER!,

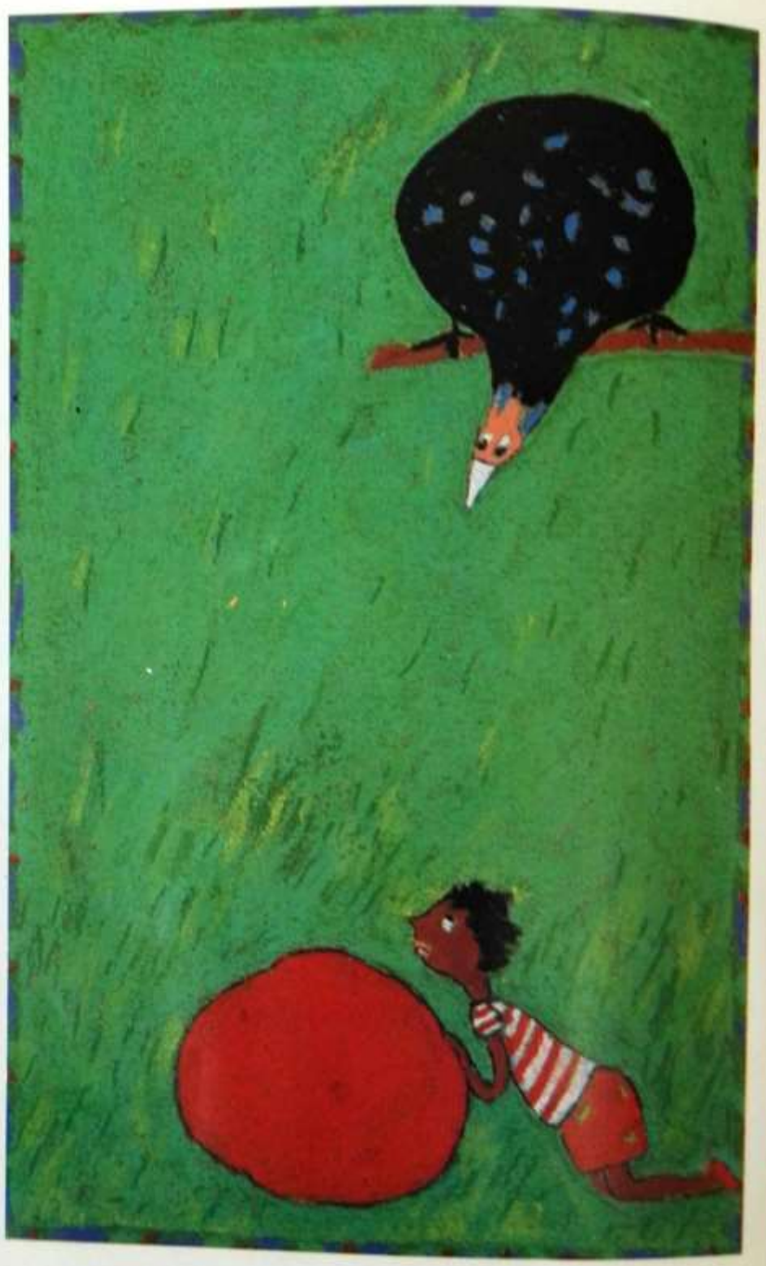
repiten las pintadas.

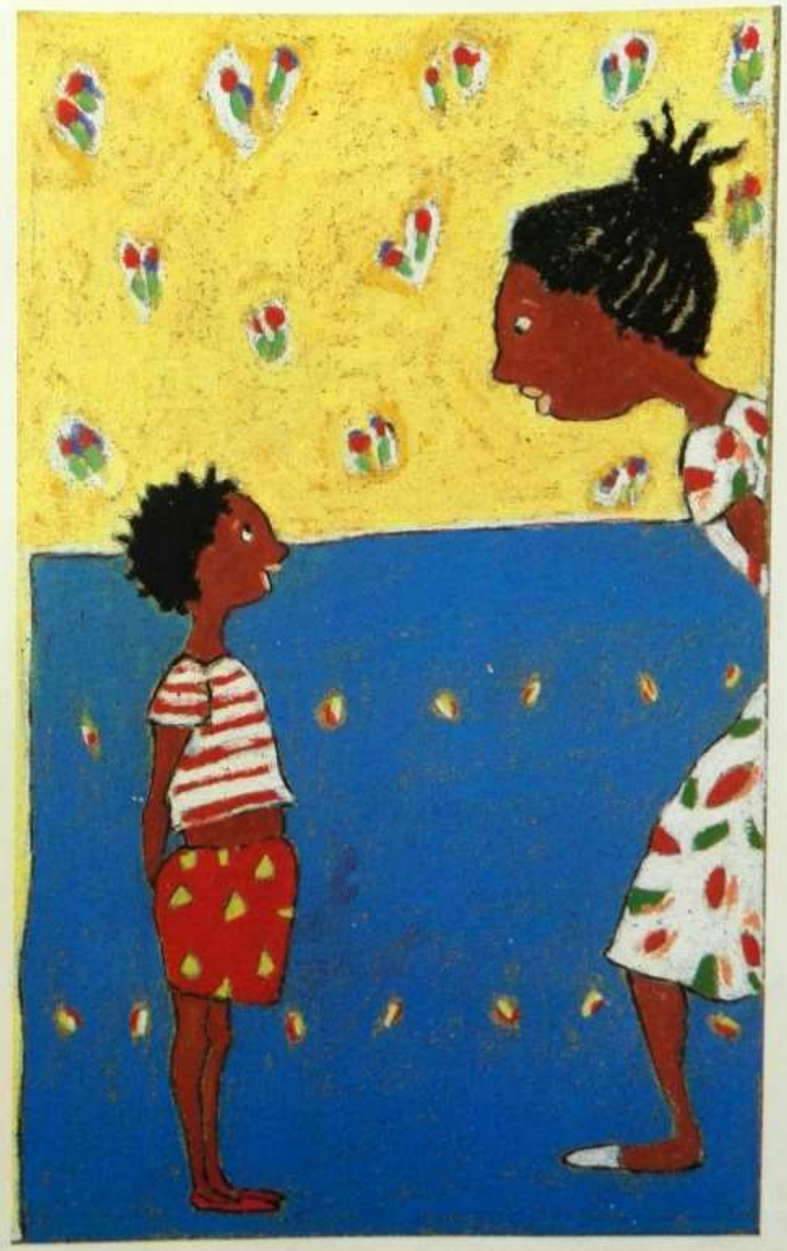
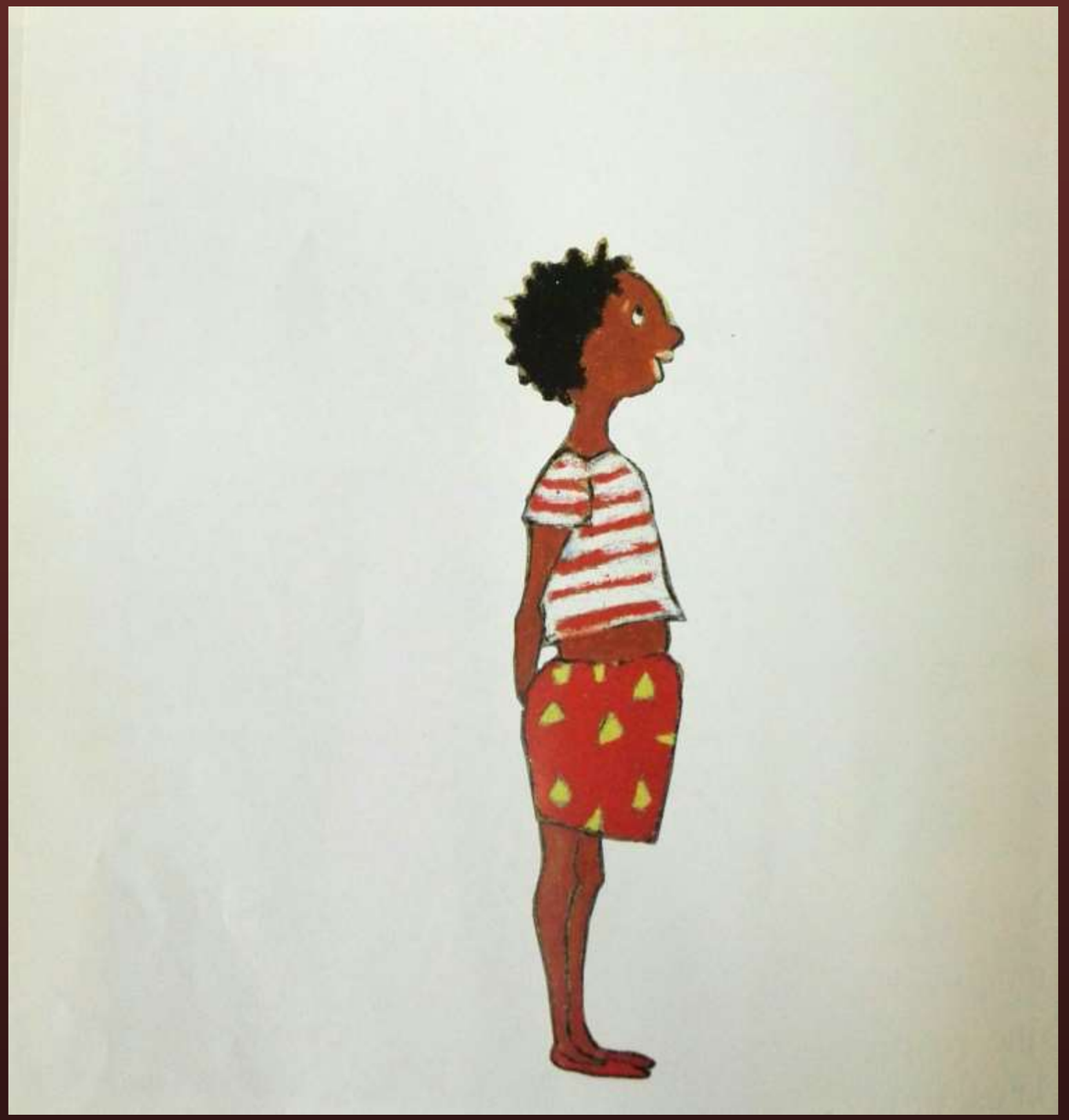
¡NO SABE LEER!,

responde el eco.



Tibilí
vuelve
a dejar
el cofre en
su escondite,
lo cubre
con tierra,
vuelve
a poner
la piedra
roja y se va.



Cuando
cree que
las pintadas
ya no lo
pueden ver,
echa a correr
hasta llegar
a su casa
y le pregunta
a su mamá:

–¿Falta
mucho para
que empiece
la escuela?